

La Alhambra y la Granada Andalusí

MÓDULO 1

1.3 EL REINO NAZARÍ

Por **Bárbara Boloix**

Departamento de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada

La fundación del Reino Nazarí de Granada en el siglo XIII fue consecuencia directa de la crisis del poder de los Almohades tras su derrota contra los cristianos en la batalla de Las Navas de Tolosa (1212), lo que abriría la transicional “época de las terceras taifas” (1228-1238). Una de estas taifas o reinos surgidos en dicha década fue el creado por el fundador de la dinastía nazarí o los Banū Naṣr, el emir Muḥammad I (1232-1273), principal rival del emir murciano Ibn Hūd al-Mutawwakil, a quien Muḥammad I fue conquistando los territorios andalusíes que este había reunificado.

Respecto a los inicios de su poder, tras varios éxitos militares Muḥammad I fue proclamado emir por los habitantes de su localidad natal, Arjona (actual provincia de Jaén) en la mezquita mayor tras la oración comunitaria de un viernes de mediados de julio de 1232. Poco a poco, distintas localidades se sumaron a sus dominios y, principalmente, Málaga, Almería y Granada en 1238, eligiendo esta última ciudad como capital definitiva de su reino por su marcada orografía y su mayor alejamiento de la frontera cristiana con respecto a Jaén.

Una vez asentado en Granada, Muḥammad I tomaría las primeras medidas sobre las que asentaría la legitimidad de su dinastía: primero, la elección y el acondicionamiento de las precarias construcciones defensivas que, desde el siglo IX, eran ya conocidas como “la Alhambra” (al-Ḥamrā’, “la [fortaleza] roja), como nueva sede del poder y posterior residencia real; el empleo del color rojo que, al igual que el nombre de la Alhambra, se vinculaba con su apelativo de Ibn al-Aḥmar como tono representativo de los símbolos del poder nazarí; y, por último –y como cualquier dinastía islámica medieval-, la creación de una genealogía de prestigio para legitimar el poder político y religioso de su nueva estirpe, recurso que hundió sus raíces en este siglo XIII. Para ello, los cortesanos nazaríes recurrieron a un hábil juego de palabras a partir de la raíz etimológica árabe na-ṣa-ra (“ayudar a vencer”), común a las denominaciones de los Banū Naṣr y de los Anṣār al-Nabī (“los auxiliares del Profeta”), para entroncarse con estos, una confederación tribal árabe de prestigio habitante de Medina que fue así

La Alhambra y la Granada Andalusí

denominada en el siglo VII gracias a la ayuda que prestaron al profeta Mahoma en su hégira o huida hacia dicha ciudad desde La Meca.

A finales del siglo XIII y a principios del XIV, el reino nazarí se fue consolidando, un proceso visible ya en el reinado bisagra de Muḥammad II (1273-1302). No solo los Nazaríes fueron tomando una mayor consciencia de dinastía y sus cuadros administrativos se fueron oficializando, sino que también se fueron ampliando paulatinamente los horizontes constructivos en la propia Alhambra, como el palacio del Generalife. A pesar de ello, los denominadores comunes que marcaron el desarrollo de la política nazarí en el siglo XIV fueron, por un lado, la propia inestabilidad interna de la dinastía nazarí –debido a los continuos destronamientos y crímenes políticos de sus sultanes a manos de rivales de la propia familia- y el mantenimiento de un difícil equilibrio de fuerzas con los reinos de Castilla y meriní de Fez para poder sobrevivir y mantener el control del Estrecho de Gibraltar.

La red agnática de parentescos desarrollada en el seno de los Banū Naṣr explica claramente muchos de los virajes internos en el poder nazarí, al que, a las causas aparentemente políticas, hay que sumar como determinantes la existencia de varios candidatos a la sucesión de los emires, al tener estos distintos hijos como consecuencia de la práctica de la poligamia con esposas legítimas y concubinas. El ascenso al poder de Ismā'īl I (1314-1325), ante la falta de descendientes varones de Muḥammad III y Naṣr, solo puede explicarse por estas razones; aunque siempre se ha interpretado su entronización como un “cambio de rama” reinante dentro de la familia nazarí, por no descender directamente de Muḥammad I, Muḥammad II y Naṣr, sino de una rama paralela - al ser hijo de Fāṭima bint al-Aḥmar (hermana de estos) y de un miembro de la familia nazarí-, en realidad su derecho a reinar se sustentaba en la sangre real de su madre, que sí era descendiente directa de la línea legítima reinante. Este fenómeno, de transmisión del poder por vía materna, se dio en varias ocasiones en el seno de la familia nazarí, lo que nos llevaría a reflexionar sobre si las mujeres de esta dinastía fueron legítimas continuadoras de las líneas sucesorias sin desviarlas ante ausencia de descendencia por parte de los emires del momento.

La dinastía de Ismā'īl (o de Fāṭima) condujo paulatinamente al reino a su esplendor, alcanzado -aunque no sin dificultades y asesinatos políticos, victorias y derrotas militares- durante los reinados de Yūsuf I y de Muḥammad V. Ambos se caracterizaron por la firma de pacíficos tratados tanto con los reinos de Castilla y Aragón como con el meriní de Fez, por la actividad cortesana e intelectual de grandes figuras como Ibn al-Ŷayyāb (m. 1349), Ibn al-Jaṭīb (m. 1374) e Ibn Zamrak (m. 1394), autores de muchos de

La Alhambra y la Granada Andalusí

los poemas inscritos en la Alhambra; y, sobre todo, por sus intensas políticas edilicias tanto en Granada –donde se construyeron el palacio de Bibataubín, la puerta de Bibrambra (“del Arenal”), la Madraza, la Alhóndiga Nueva del Corral del Carbón o el Maristán u hospital- como en la propia Alhambra –la puerta de la Justicia, la Calahorra de Yūsuf I, el oratorio del Partal y los palacios de Comares y de los Leones-. Tras haber sido exiliado a Fez en 1359 ante el golpe de estado perpetrado por su medio hermano Ismā’īl II a instancias de la madre de este (la concubina Rīm) y recuperado el poder en 1362, Muḥammad V fallecía finalmente en 1391, legando un reino próspero que pronto entraría en una gran crisis dinástica interna que lo abocaría a su final.

El paso del reino nazarí hacia el siglo XV fue protagonizado por dos emires, Muḥammad VII (1392-1408) y el rey poeta Yūsuf III (m. 1409-1417), bajo los cuales se inició su decadencia política y territorial; a ello contribuyó no sólo una activa dinámica de derrocamientos -aprovechada por familias cortesanas como los Abencerrajes para aumentar su influencia política-, sino que en el plano exterior una Corona de Castilla mucho más consolidada aumentó su presión sobre el reino de Granada, causándole diversos ataques fronterizos e importantes pérdidas territoriales, como la de Antequera (1410). Reinados, continuamente interrumpidos por otros candidatos, como el de Muḥammad IX “el Zurdo” (1419-1427; 1430-1431; 1432-1445; 1447-1453) agravaron aún más si cabe la situación dinástica, a pesar de la firma de distintos tratados con los reinos cristianos peninsulares y de la intensa actividad diplomática desarrollada, en la que además participaron personalmente mujeres de su entorno familiar, como su hermana Fāṭima o su esposa Zahr al-Riyāḍ.

Esta situación llevaría, con el tiempo, al triángulo de poder representado por Muley Hacén, el Zagal y Boabdil, los grandes protagonistas de la llamada "Guerra de Granada" (1482-1492); un periodo en el que el reino nazarí se debatía entre hacer frente a sus propias guerras civiles y familiares, por un lado, y el reforzamiento de la cristiandad peninsular e impulso de la “Reconquista”, por otro, sobre todo a partir del matrimonio de los Reyes Católicos en 1469 y la consecuente unificación de sus reinos. Este triángulo de poder -visible también en el férreo antagonismo de Ā’īša (la esposa de Muley Hacén y madre de Boabdil) y su concubina Soraya por asegurar a sus propios primogénitos en la sucesión de aquel- mermó aún más si cabe a la dinastía, hasta que el fallecimiento de Muley Hacén en 1485 y el exilio del Zagal a Tremecén en 1489 acabarían dejando a Boabdil como único emir de Granada. La debilidad de Boabdil, que había quedado patente en su cautiverio en la batalla de Lucena (1483) por los Reyes Católicos, fue aprovechada por estos para hacerse con el reino nazarí, asolado por las luchas de

La Alhambra y la Granada Andalusí

poder, las guerras civiles y la devastación del territorio de los cristianos. Una vez conquistado todo el emirato y con Granada cercada, la capital nazarí tuvo que capitular el 2 de enero de 1492. Boabdil, a quien primeramente le fue concedido un señorío en la Alpujarra, se dirigió finalmente a Fez junto a su madre, Ā'īša, dejando atrás a una población mudéjar que se enfrentaba a sobrevivir en una tierra ya cristiana en la que no serían respetados los términos de las Capitulaciones. Un triste final para un reino próspero que, contra todo pronóstico, consiguió prolongar la historia de al-Andalus.